

## Ahí viene la plaga

Juan Antonio Isla Estrada

- La visita de Bush a México significa tratar sobre una agenda que tiene para el gobierno norteamericano un solo punto de importancia geopolítica: la negociación del petróleo.
- La agenda bilateral, el narcotráfico, la política migratoria, el muro fronterizo, la balanza comercial, no son de interés para el presidente estadounidense.

Una popular canción de la era del 'rocknroll' ha servido como una expresión de advertencia de que se aproxima alguien que no es bienvenido a un grupo o a un lugar. 'Ahí viene la plaga' sería el coro aplicable ahora que el presidente norteamericano ha cumplido su amenaza de visitar cinco países de América Latina. La gira de George W. Bush ha despertado más abominación que interés. El viaje de seis días del republicano ha incluido Brasil, Uruguay, Colombia y Guatemala, y culmina en México con la visita a su vecino y quizá (en la coyuntura de estos momentos) el más sumiso de sus subordinados.

El periplo de Bush se da en un contexto político y geopolítico con la intención de contrarrestar la "creciente influencia" del presidente venezolano, Hugo Chávez, en el continente, y al mismo tiempo de alinear a Washington aún más a los gobiernos (algunos más dóciles que otros) con los que existen intereses geopolíticos. Pero, por lo que hasta ahora se ha visto, lo que más ha logrado Bush en su gira es evidenciar el repudio que existe en el continente al modelo neoliberal, a las políticas expansionistas de los republicanos estadounidenses y a la persona de un hombre mentiroso, insensible y cuya torpeza despierta hilaridad y rabia.

De poco serviría que la población de los países visitados se manifestara declarando a Bush como persona *non grata* si los gobernantes que lo reciben a la hora de las negociaciones ceden y se agachan porque se les sabe débiles ante el poderoso, proclives a las privatizaciones, reacios a atender las necesidades públicas y susceptibles a doblegarse a las presiones del imperio.

La visita de Bush a la península de Yucatán para pernoctar en una casa del ex banquero Roberto Hernández se hace bajo condiciones inmejorables para los intereses de la administración republicana y de las grandes corporaciones trasnacionales, pues está en la silla presidencial de México un gobernante que ha dado señales de acoplarse con los intereses del vecino del norte. Así de dúctiles fueron sus predecesores, y esta vez no puede ser la excepción, más cuando de éste lado tenemos un presidente débil por las condiciones de su elección (en cuyo proceso no podría haber sobrado una manita de Washington) y urgido de contar de manera más intensa con el respaldo de la Casa Blanca, por lo cual se antoja que estaría dispuesto a todo.

La amenaza no es cualquier cosa. Está de por medio la soberanía nacional y el futuro de México. A nadie escapa cuáles pueden ser las negras intenciones del texano y de los intereses que representa: el valor estratégico del petróleo mexicano, no sólo por la agudización de los conflictos en el cercano oriente y en Asia central, sino por la facilidad de su eventual abastecimiento desde la vecindad. Éstas serán sin duda las principales cartas que trae Bush para negociar y en un lugar secundario quedarán otros temas como los acuerdos migratorios, el narcotráfico y otras menudencias (que al final son más de interés de los mexicanos). Pero el tema capital de la entrevista en tierras yucatecas es el interés del imperio en voz de su títere para que se privatice el petróleo mexicano.

Los presidentes Felipe Calderón y George W. Bush se encontrarán en Mérida para repasar la vasta y complicada agenda de las relaciones entre México y Estados Unidos en una coyuntura en la que ambos países parten de sendas encrucijadas propias y su relación bilateral funciona más por inercia que por diseño, dado que prácticamente nada se logró en el sexenio anterior.

Aunque al frente de su gobierno se encuentre un hombre elemental que sólo piensa en el valor del chapopote, Estados Unidos se encuentra en la encrucijada histórica de retomar la vía que

lo definió como una República o desviarse por los senderos inciertos de un imperio basado en el intervencionismo con un costoso ejército. Un país, como señala el editorial de *El Universal* del lunes 12 de marzo, en el que se acepte la restricción de las libertades civiles de sus ciudadanos, en nombre de la lucha contra el terrorismo, y los abusos contra los derechos humanos en las cárceles de Abu Ghraib y Guantánamo, o los secuestros de la CIA en Europa en aras de un supuesto bien superior: su particular concepto de democracia, su singular manera de entender la libertad. Esta sería una oportunidad para hacer un replanteamiento global de la cooperación y el desarrollo económico, pero tememos que la ocasión no será aprovechada para tal fin.

El lugar del encuentro es la ciudad de Mérida, la plácida capital yucateca con poco menos de un millón de habitantes, la cual seguía transformándose en una fortaleza por la visita de tres días que inició el presidente Bush, con operativos sin precedentes en esa localidad en donde se han registrado sobrevuelos permanentes de helicópteros de la Defensa mexicana y la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y en donde se han instalado cámaras en todos los lugares cercanos al hotel donde se ubicará el presidente norteamericano.

En Temozón, localidad de 200 habitantes a 38 km de Mérida, hay una hacienda henequera que data del siglo XIX. Allí Bush y el presidente de México, Felipe Calderón, tendrían una comida éste martes, pero elementos de la guardia presidencial mexicana han 'recomendado' a los lugareños no salir de sus casas los tres días de la visita, según diversos reportes periodísticos.

Los ex presidentes de México, Ernesto Zedillo y de Estados Unidos, Bill Clinton, sostuvieron allí un encuentro similar en 1999. Diversos testimonios aseguran que los dispositivos de seguridad no tienen comparación con los de entonces. Existe temor y sigilo, exceso de medidas de seguridad, al grado de que existe la posibilidad de que a Mérida lleguen incluso 300 francotiradores estadounidenses.

Sin embargo, algo que escapa de los planes de ambos gobiernos es quizá la plaga de langostas, de seis centímetros cada una, que este año ha invadido la Península de Yucatán desde diciembre y que se cree podría haber sido una de las razones para que en el pasado se produjeran las movilizaciones masivas de comunidades mayas en esa región.

Más de un millón de dólares se han destinado para combatir sin ningún éxito las langostas que cada año llegan para devorar en segundos campos enteros de maíz y cacao, entorpeciendo incluso la circulación vehicular.

El número de langostas que desaparecen y aparecen en forma de enormes nubes, al igual que los operativos de seguridad, "no tienen precedentes", según los propios lugareños de Temozón. Ahí viene Bush como una calamidad bíblica, ahí viene la plaga.

<http://www.RadioAyohui.com>